



































































Acudiremos entonces asustados  
y veremos el milagro:  
irrupcida en medio de la sala,  
                    oronda, soberbia, casi respirando,  
                                    la piedra.

(La piedra alada, 31)

Empecemos prestando atención a los primeros versos de esta segunda parte. En ellos podemos observar como cambian las ideas del sujeto con respecto a la piedra: “surge / una conjetura contraria” (23-24). Al asumir que la piedra debiera desaparecer, el sujeto está incluyéndola dentro del ámbito de lo impermanente, pues considera que debiera fenecer al finalizar su ciclo de utilidad. Sin embargo, al tratar de hacerla concordar con los demás elementos que conforman dicho ámbito, el sujeto fracasa; pues la piedra posee otras características y otra naturaleza, y es ello lo que lleva al sujeto a desarrollar una nueva conjetura acerca de la misma: la irrupción del carácter atemporal de la piedra.

De esta manera, el sujeto y su universo simbólico se estrellarán contra un objeto nuevo: la piedra; es así como sucede la irrupción. Esta es, a su vez, calificada como “milagro” (30), quedando enfatizado su carácter de presencia inesperada y, en términos lacanianos, de irrupción de lo real. Me explico, el sujeto descubre que en el mundo existe un objeto resistente al cambio y es esta idea la que desestabiliza el mundo imaginado por él. Así, el inevitable paso del tiempo se sobrepondrá a la civilización creada por el hombre: esta desaparecerá mientras que la piedra perdurará; con lo cual, la presencia de la piedra se constituye en la figura por medio de la cual se sirve, el sujeto, para evidenciar el triunfo de lo real en medio de una civilización construida que al final desaparecerá.

Pero, ¿qué entendemos como lo *real* en el poema? Hagamos una aclaración: la piedra no es lo real, es una manifestación de lo real. La aparente calma que llega a sentir el sujeto es destruida por la aparición de la piedra que lo obliga a desear; es decir, con la aparición del deseo, desaparece la calma: “Esta tarde hay calma, y se la respira aquí / como un abuso de la Historia” (22-23). Versos que dan paso a la aparición de la idea contraria: existe un objeto que puede subsistir al cambio. Esta idea se encuentra representada en la imagen del cristal hecho añicos frente a la piedra, como podemos observar en los siguientes versos: “alguna hora, en algún momento, / resonará dentro de

la casona / un súbito ruido / de cristales haciéndose añicos” (25-28) e “irrupida en medio de la sala / oronda, soberbia, casi respirando / la piedra” (31-32). Es así como la aparición de la falta da lugar a la aparición del deseo y, con él, a la perturbación en el sujeto.

El intento del sujeto por normalizar a la piedra, por adjudicarle la misma mirada con que observa al resto de objetos fracasa. El poema constituye, de este modo, una lucha entre el intento del sujeto por retirar de la piedra la mirada sesgada que lo llevó a concebirla como objeto de deseo (y, con ello, retirar de ella la categoría de objeto *a*) y la pulsión del deseo, que aparece producto de la manifestación -en la conciencia del sujeto- del carácter permanente de la piedra.

Así, nos encontramos frente a un poema que constituye una toma de conciencia, del sujeto, del carácter permanente de la piedra y que culmina con la aparición triunfal de la misma como objeto *a*. La cualidad que se le adjudica a la piedra, hacia el final del poema, no hace más que confirmar lo presente que está en la conciencia del sujeto. Ella está allí, casi como un objeto vivo y en medio del ámbito del sujeto, proclamando su victoria.

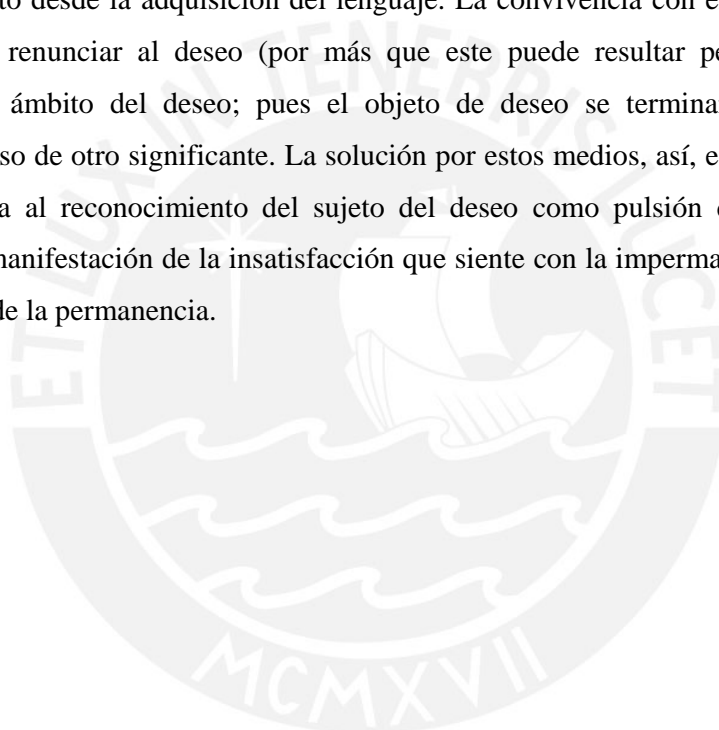
¿Cómo interpretar esta aparente derrota frente al deseo de permanencia en los poemas analizados? En ambos poemas lo estático y atemporal no ha podido ser incorporado a la lógica de la impermanencia. En la piedra el tiempo no transcurre, por lo que ocupa su propio espacio, sin que pueda ser removida ya sea bien por el ala (en “La piedra alada”) o por el paso del tiempo (en “La conjetura”), a la vez que perturba al conjunto de elementos fluctuantes que sí cambian, tanto de forma como de lugar constantemente. Nos encontramos, entonces, con que la piedra, al no poder sumarse a dicho movimiento, tendrá que presentarse como un elemento desestabilizador dentro del conjunto y, también, en la conciencia del sujeto. Así, el contacto del sujeto con la piedra determina la aparición, de esta, como la pulsión de aquello que no ha logrado encontrar la manera de ingresar en el ámbito simbólico y que termina irrumpiendo en el poema bajo la forma de la piedra. Es sólo así que lo real puede ingresar dentro del ámbito simbólico del sujeto. En palabras de Žižek:

“El inconsciente estás hecho de ‘fijaciones imaginarias que no pudieron ser asimiladas al desarrollo simbólico’ de la historia del sujeto; en consecuencia, es ‘algo que se realizará en lo Simbólico o, más exactamente, algo que, gracias al progreso simbólico que tiene lugar en el análisis, *habrá sido*’” (Žižek, 1989: 87)



Así, cuando el sujeto opta por tratar a la piedra como a un elemento impermanente más, es cuando ella irrumpe representando aquella carencia de la cual el sujeto carece para alcanzar la plenitud: la permanencia. Es de esta manera como lo real irrumpe en el ámbito simbólico del sujeto. Así, aun cuando el sujeto quiera convivir con lo real suavizando sus consecuencias mediante su simbolización, lo real siempre aparecerá manifiesto como una perturbación en la estructura psicológica del mismo: irrumpirá como una pulsión, pues es esa su naturaleza.

De esta manera, la aceptación de la fantasía (de goce en la permanencia de la piedra) no es suficiente para concluir con el deseo. El deseo, en sí, es una condición innata al sujeto desde la adquisición del lenguaje. La convivencia con él, por tanto, no consistirá en renunciar al deseo (por más que este puede resultar perturbador), en apartarlo del ámbito del deseo; pues el objeto de deseo se terminará imponiendo mediante el uso de otro significante. La solución por estos medios, así, estaría negada y sólo apuntaría al reconocimiento del sujeto del deseo como pulsión de su accionar mismo, a la manifestación de la insatisfacción que siente con la impermanencia frente a la condición de la permanencia.



## CONCLUSIONES

Nos encontramos, así, frente a un sujeto que se enfrenta a una disyuntiva: sabe que va a morir pero no desea morir; ello lo lleva a desear la permanencia. Es, a su vez, un sujeto que está observando, constantemente, a la naturaleza y aprendiendo de ella. Como el mismo señala en la misma entrevista que brindó para el diario La República en el año 2006: “Yo no puedo escribir un poema sentado en una mesa, tengo que estar mirando [la naturaleza], de pronto el poema aparece” (Escribano: 26). Es por eso que encuentra, en la misma, a un objeto que trasciende a la impermanencia: la piedra. Esta piedra es también impermanente pero, a los ojos de un sujeto que tiene una conciencia del tiempo basada en su experiencia vital, parece inmune al cambio. Sin embargo, la conciencia de su muerte provoca en el sujeto una relación conflictiva con el objeto de su deseo: desea a la piedra, mas esta le recuerda su fin inevitable: la muerte.

De esta forma, estamos frente a un sujeto que es conciente de su muerte, razón por la cual funda su deseo en la piedra fijando en ella una cualidad primordial: la permanencia. La piedra, entonces, trasciende su condición de piedra y adquiere una dimensión doble: por un lado, es la piedra del mundo físico y, por el otro, es la piedra mirada a través del velo del deseo del sujeto que le adjudica -a la misma- las cualidades de la absoluta permanencia. Así, la piedra se convierte en lo que Lacan denomina como el objeto *a* del sujeto, el objeto en el que el sujeto coloca su deseo, aun cuando este deseo sea insaciable de por sí.

Ahora, observemos con más detenimiento el título mismo del poemario: *La piedra alada*. ¿Qué puede representar finalmente *La piedra alada*? En este objeto del mundo físico encontramos juntos dos elementos que pertenecen a ámbitos totalmente distintos: el permanente y el impermanente. Es en su intento por poner en circulación a la piedra que, a través de la personificación del viento, descubrimos las limitaciones de las fantasías y de los símbolos: podemos imaginar un ave, pero no hacerla volar. Es esta paráfrasis de los versos de Watanabe la que resume el conflicto en esta primera parte del poemario: la fantasía frente a la realidad física y la contundente victoria de esta última sobre la primera. Los símbolos no solucionan el deseo del sujeto pero el sujeto desea y construye constantemente metáforas y figuras para alcanza la permanencia, y al objeto que la representa en los poemas: la piedra. Con la permanencia el sujeto alcanzaría la plenitud, pero somos testigos de una experiencia de constante fracaso en los poemas: la solución no es factible a través del lenguaje.

Nos encontramos, entonces, con una piedra que en los poemas representa a la permanencia. No obstante, la permanencia no existe en el mundo físico y la piedra, como objeto *a*, es el objeto que sólo será perenne en la mente del sujeto pues, en el mundo físico, sólo existe la impermanencia, el cambio. La solución, perseguida dentro del ámbito de lo simbólico a través de la unión de elementos dispares entre sí en un sólo símbolo, no es factible en el mundo real donde la disyunción entre ambos elementos, y lo que representan, persiste. La piedra es, así, el referente vacío de una condición que sólo existe como una necesidad del sujeto frente a la muerte: la eternidad (a través de la permanencia), la cual es sólo la simbolización de lo real como una pulsión dentro de él.

Así, es sólo cuando el sujeto se peca de la desmedida dimensión de su deseo, un deseo que lo sobrepasa, que adquiere la conciencia de sus verdaderas posibilidades como ser humano. Ya lo había señalado Zizek en Mirando al sesgo: es a través del reconocimiento de la barrera entre el sujeto y el objeto imposible de su deseo al cual se ve impulsado a buscar, la manera como el sujeto debe de mostrar su cordura. Entonces, es en la frustración del sujeto, de alcanzar la permanencia a través del lenguaje, que se refuerza su deseo por alcanzar un bienestar que sí sea posible en el ámbito físico; ámbito que el sujeto reconoce como el único dotado de realidad. De esta manera, el sujeto niega la posibilidad de obtener el objeto de su deseo dentro del ámbito simbólico -es decir, por medio de la metáfora- y asume una vida efímera pero real, colocando a la experiencia física por encima de los deseos producidos por sus fantasías. Recordemos, aquí, que para Lacan el inconsciente está estructurado como lenguaje y que la fantasía sólo es posible dentro de dicho ámbito.

Sin embargo, la carencia del sujeto proviene del vacío entre el mundo físico y su deseo: la permanencia es un imposible en el mundo físico que es alcanzada en la ficción del poema, ficción que -el sujeto reconoce- no existe. Así, el sujeto termina por reconocer la presencia de la permanencia como un elemento perturbador pero constitutivo de su conciencia, del cual no puede escapar y con el que debe aprender a convivir. Como diría Miller: “la cura analítica aparece ante todo, (...), como una cura de simbolización” (Miller: 15). Es decir, el sujeto deberá aprender a convivir con ese objeto simbólico que tanto lo ha perturbado y que, sin embargo, llena el vacío producto de su deseo: la piedra.

La sabiduría del sujeto, entonces, consistirá en reconocer la fisura inmanente a su conciencia, la presencia insoluble del deseo, mas -también- en aceptar la necesidad de desarrollar una propuesta de vida que no olvide las posibilidades de su impermanencia y

que le serían imposibles si, como la piedra, no se encontrara sometida al cambio. Ellas están condensadas en una sola, su acceso al goce, a la felicidad que sólo es posible si existe su contraparte, la infelicidad. Y ambas sólo pueden suceder en el tiempo, en el cambio, en la impermanencia. Así, tanto el goce como la muerte le pertenecen al sujeto por ser naturalmente propias a su constitución; siendo la opción más sabia el aprender a convivir con ellas.



## OBRAS CITADAS

Basho, Matsuo

2003 *Sendas de Oku*. Trad., Octavio Paz. Lima: PUCP, Ediciones del Rectorado.

Cabrera, José; Prado, Agustín; Sánchez, Moisés

2005 “Las paradojas del lenguaje: entrevista con José Watanabe”. *Ajos y Zafiros* N° 7: 69-85.

Escribano, Pedro

2006 “Siento que me regalan los poemas”. *La República* 18 de diciembre del 2006: 26.

Fernández Cozman, Camilo

2009 *Mito, cuerpo y modernidad en la poesía de José Watanabe*. Lima: Cuerpo de la Metáfora.

González-Vigil, Ricardo

2004 “Cap. 12: El indigenismo y todas nuestras sangres”. En: *Literatura*. Lima: El Comercio.

Heráclito

1973 *Fragmentos*. Buenos Aires: Aguilar.

Homjer, Sean

2005 *Jacques Lacan*. New York: Routledge.

Lacan, Jaques

1992 *El seminario de Jacques Lacan. Libro 17. El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF.

2005 [1987] *El seminario de Jacques Lacan. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF.

- Manrique, Jorge  
1995 *Poesía*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Miller, Jacques Alain  
1994 “Conferencias caraqueñas”. *Recorrido de Lacan: ocho conferencias*.  
Buenos Aires: Manantial.
- Pajares Cruzado, Gonzalo  
2006 “No soy un poeta que piensa en la trascendencia”. *Perú* 21 18 de  
diciembre del 2006: 16-17.
- Ricciardi, Ramón ed.  
1972 *La Biblia*. Madrid: Paulinas: Verbo Divino.
- Vanier, Alain  
1999 *Lacan*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Vich, Víctor  
2010 “El materialismo *Real* de José Watanabe”. *Iberoamericana* X, 37: 119-  
134.
- Watanabe, José  
1994 *Historia Natural*. Lima: Peisa.  
2005 *La piedra alada*. Buenos Aires: Pre-Textos.
- Zizek, Slavoj  
1989 *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo Veintiuno.  
2000 *Mirando al sesgo*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF.  
2006 *Arriesgar lo imposible*. Madrid: Editorial Trotta.